

Dinámica demográfica y cambio social en América Latina*

Carlos Welti

Resumen

La investigación sociológica de los procesos demográficos ha adquirido gran relevancia ante la urgencia de prever los escenarios latinoamericanos en el mediano y largo plazos. Para Welti, es imprescindible reflexionar sobre la relación entre población y desarrollo, más aún en esta etapa en que todo parece girar alrededor de la búsqueda del crecimiento vía el ajuste estructural. El autor analiza el actual escenario demográfico latinoamericano y el impacto que sobre éste han tenido las políticas de población enmarcadas en las medidas de ajuste estructural.

Abstract

Given the current necessity to forecast the medium and long range scenarios in Latin America, sociological analyses of demographic trends have become very relevant. Welti argues that it is essential to reflect upon the relationship between population and development. This is even more critical now that all seems to revolve around the search for growth via structural adjustment. The author analyzes the present demographic setting in Latin American and the impact of demographic policies undertaken within structural adjustment.

Uno de los procesos demográficos con fuertes implicaciones sociales que caracterizan más claramente a la región latinoamericana en las décadas recientes es la caída acelerada de la fecundidad —lo cual ha modificado los ritmos de crecimiento poblacional en número importante de estos países— y el cambio inicial en las condiciones de la población femenina.

Paradójicamente y en contraposición a las posiciones que ubicaban el origen del subdesarrollo en las elevadas tasas de crecimiento de la población, en este periodo las condiciones de vida de los latinoamericanos se han deteriorado considerablemente sin que se perciba que “la familia pequeña viva mejor”.

* En este artículo el autor —quien fungió como uno de los Coordinadores de la Comisión de Trabajo dedicada al análisis de la dinámica demográfica dentro del XX Congreso de ALAS— presenta una visión de los temas más relevantes, las propuestas analíticas y las hipótesis sobre las causas y consecuencias de los cambios demográficos en América Latina. Algunos de los temas más sobresalientes son incorporados por el autor en la visión más amplia sobre la relación entre la población (desde el punto de vista demográfico) y el desarrollo. Las actividades de esta Comisión se organizaron en cinco mesas de trabajo: a) Población y Desarrollo, b) Envejecimiento, incremento de la esperanza de vida y condiciones de sobrevivencia; c) Fecundidad, salud reproductiva y pobreza en América Latina; d) Familia, curso de vida y transición demográfica y e), Salud, mortalidad y morbilidad.

Más allá de una relación aritmética entre crecimiento poblacional y crecimiento económico, la dinámica demográfica de un país está ligada a la distribución del ingreso y a la participación de la población en el consumo de los bienes y servicios que produce. El caso de los países latinoamericanos es el más claro ejemplo de esta situación.

Para la sociología latinoamericana el crecimiento de la población y su distribución en el territorio han constituido un objeto de estudio ligado a un concepto amplio: la reproducción social de la población.¹ En base a esta perspectiva no sólo es posible identificar los factores sociales que directamente influyen los niveles y tendencias de la fecundidad, la mortalidad y los movimientos migratorios, sino también explicar éstos a partir de procesos como la dinámica de la estratificación social, la participación en la actividad económica, la distribución del ingreso o el acceso a los bienes y servicios públicos.

En una época en la que el descenso acelerado de la fecundidad además de modificar radicalmente el ritmo de crecimiento de la población y su estructura, también da lugar a nuevas situaciones —entre las que destacan el envejecimiento de la población, una mayor autonomía femenina y estructuras familiares en donde los flujos de recursos entre las generaciones cambian de sentido—, adquiere cada vez mayor relevancia la investigación sociológica de los procesos demográficos para prever los escenarios ante los cuales estaremos colocados en el mediano y en el largo plazo.

La sociología de la población ha estado interesada en estudiar los procesos de cambio que se suceden en la vida de los individuos y los grupos sociales a los cuales pertenecen, a través de aproximaciones analíticas cuyo objetivo es evaluar el efecto de la edad, el periodo y la cohorte sobre sus actitudes y prácticas. Por eso es que los análisis sociológicos a partir de lo demográfico en el caso de América Latina, si bien incorporan esta visión del análisis multivariado, lo sitúan en un marco de interpretación estructural en el cual el subdesarrollo permite explicar la persistencia de condiciones de pobreza coexistiendo con regímenes demográficos de sociedades desarrolladas.

Población y desarrollo

El análisis de la relación población-desarrollo es la perspectiva que sintetiza las problemáticas particulares asociadas tanto a la evolución de cada una de las variables demográficas como a la interacción entre ellas y que dan como resultado un cierto patrón de crecimiento económico.

¹ En el seno del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, la Comisión de Población y Desarrollo constituyó un Grupo de Trabajo sobre Reproducción de la Población con una actividad intensa

Al iniciar la segunda mitad de este siglo, el crecimiento demográfico de los países subdesarrollados provocó serias preocupaciones que condujeron a la elaboración de una serie de modelos demo-económicos, cuyo principal objetivo apuntaba a mostrar que un elevado crecimiento de la población era un obstáculo al desarrollo y por lo tanto era imprescindible pensar en su reducción.

El trabajo de Coale y Hoover publicado en los años sesenta resume este tipo de preocupaciones desde una interpretación económica basada en la distribución del ingreso. El esquema de los autores hace evidente que el volumen, tasa de crecimiento y distribución por edades de la población de un país impacta la producción y la renta total a través de la inversión y el consumo *per cápita*. El argumento central es que: "Disponiendo de los mismos recursos y capital, la población que tiene un índice bajo de natalidad debe tener una producción más alta *per cápita* por tener una fracción más alta de su población disponible para el trabajo productivo" (Coale y Hoover, p. 50). De manera particular, por el lado del consumo, se considera que: "Cuando la fecundidad es alta, (el) producto total... hay que dividirlo entre muchos más consumidores que cuando la fertilidad es baja" (*Idem.*, p. 326). Bajo este tipo de relación aritmética el problema se reduce a disminuir la tasa de crecimiento demográfico a través de la reducción de la natalidad.

Este modelo postula dos relaciones económicas fundamentales: una fecundidad elevada aumenta la inversión en los rubros no productivos (escuelas, hospitales, seguridad social, etcétera) en detrimento de los sectores productivos (agricultura, industria, etcétera) por lo que, si la fecundidad es baja, sería posible un mayor ahorro para la inversión en los sectores productivos. Esto permitiría la modernización en tales sectores a través de una mayor productividad y, por otro lado, al disminuir el tamaño de las familias y aumentar su capacidad de ahorro se lograría un aumento en la inversión, factor determinante para el crecimiento del ingreso.

La principal crítica que se puede hacer a este esquema de interpretación es que la disminución de la fecundidad, y con ella el tamaño de los hogares, no garantiza el aumento del ahorro porque éste no representa una parte importante de la capacidad de acumulación de las familias y por tanto no es un factor central del crecimiento económico.

Precisamente, la dinámica del desarrollo latinoamericano, contradice el supuesto de que la disminución del nivel de fecundidad propicia un aumento en el

desde principios de los años setenta, que dió lugar a una serie de publicaciones en las cuales se exponen las preocupaciones teóricas por ligar los procesos demográficos con sus condicionantes estructurales y superestructurales a través del concepto de reproducción social. Ver por ejemplo: CLACSO, 197; Lopes Patarra, Neide. "Transição da Fecundidade: Análises e Perspectivas", *Reproducción de la Población y Desarrollo*, vol. 5, São Paulo, CLACSO, 1985.

nivel de vida de la población. Considerar que la disminución del número de hijos por familia propiciaría el ahorro y, en consecuencia, elevaría el nivel de bienestar, en buena medida es incorrecto puesto que, si partimos de bajos niveles de ingreso *per cápita*, este "ahorro" no constituye una parte esencial del ingreso sino sólo permite recuperar parcialmente parte de la ya deteriorada capacidad de consumo.

Desde otra perspectiva es común entre economistas y demógrafos utilizar un indicador muy simple para establecer la relación entre estructura por edad de la población y capacidad de ahorro; este indicador es la relación de dependencia. Con éste se trata de predecir el efecto que un cambio en la proporción de la población menor de 15 años o mayor de 64 años (es decir, la población no productiva) tiene sobre la tasa de ahorro. Sin embargo, tanto modelos teóricos como pruebas empíricas muestran que modificaciones en un mismo sentido en este indicador pueden tener efectos positivos o negativos sobre la tasa de ahorro. A pesar de las variaciones regionales que pueden observarse, hay autores que afirman que, para el caso de los países en desarrollo, un incremento en la relación de dependencia no disminuye la tasa de ahorro de una economía (Shumaker y Clark, 1992). Esto obviamente porque en los países en desarrollo la situación de pobreza de las familias es tal, que acumulan poco o definitivamente no acumulan, y a este nivel, el impacto de tener más hijos puede ser positivo o negativo, dependiendo del tipo de organización de la familia.

Ante las evidencias mencionadas, y por la importancia política que representa establecer el sentido de la relación entre tasas de crecimiento de la población y crecimiento económico, Kelly y Schmidt (1994) realizan un examen exhaustivo para concluir, entre otras cosas, que si en décadas anteriores no se percibía una clara relación entre tasas de crecimiento demográfico y crecimiento del producto *per cápita*, más recientemente sí se percibe un efecto negativo del crecimiento demográfico sobre el crecimiento económico. Agregan los autores: "esto es coherente con la hipótesis de que los impactos en el corto plazo del crecimiento poblacional son relativamente mayores en períodos de una debilidad en la actividad económica".

Un hallazgo como este, traslada el debate hacia la identificación de aquellas condiciones que dan origen a que el sentido de la relación cambie para poder alterarlas a través de opciones de política y programas de población.

Este tipo de consideraciones nos permite afirmar que, sin dejar de reconocer la necesidad de disminuir el nivel de fecundidad de la población, las acciones para actuar sobre ésta tendrían que ir acompañadas de acciones para lograr un aumento real del ingreso *per cápita*, así como garantizar el acceso de la población a mejores condiciones de vida, modernizar los diferentes sectores productivos e incrementar la capacidad de acumulación. Acciones en este

sentido permitirían mejorar las inversiones, tanto del sector público en educación, salud, seguridad social y servicios, como del sector privado en la creación y mantenimiento de la oferta de trabajo. Esta es la postura que caracterizó a la demografía latinoamericana en la década de los setenta y que hoy en día sigue vigente (Naciones Unidas, 1969).

Para el pensamiento económico latinoamericano, los países productores de alimentos y materias primas, requieren de la construcción de una economía industrial diversificada que no dependa exclusivamente de la demanda externa, sino de la ampliación de su mercado interno, de la disolución del sector de subsistencia, de la capacidad de acumulación e inversión con recursos propios. En este sentido, el crecimiento demográfico acorde con las transformaciones productivas podría convertirse en un factor positivo y no necesariamente en obstáculo al crecimiento económico. En esta visión, el tamaño, la estructura y el crecimiento de la población tienen un doble efecto sobre el funcionamiento económico ya que determinan la oferta de trabajo y la demanda de bienes y servicios.

En el análisis de la relación entre población y desarrollo el elemento central que liga uno y otro factor debe ser el proceso de acumulación.

En la actualidad, cuando la aplicación de medidas de política económica que afectan en el corto plazo el nivel de vida de las mayorías y que en horizontes cronológicos más amplios, llegarían a deprimir aún más sus condiciones de existencia por las características de la estructura y dinámica de la población, se hace necesario reflexionar sobre la relación entre población y desarrollo en una etapa en la que todo gira alrededor de la búsqueda del crecimiento por la vía del ajuste estructural.

Políticas de ajuste

Si el periodo reciente en la historia de la sociedad en este siglo puede ser caracterizado por una globalización en la que las redes de intercambio económico adquieren nuevas dimensiones —esto es, que más allá de las transferencias físicas de bienes materiales, los flujos de capital son la parte más dinámica de los sistemas—, constituye también la etapa de mayores dificultades económicas para los países en desarrollo desde la gran depresión de los años treinta.

Para los países de la región los términos de intercambio se deterioraron por dos situaciones: a) la caída de los precios en los productos de exportación por la contracción de la demanda y la sustitución por productos con elevado contenido tecnológico; y b) el incremento en el precio de los energéticos. Este aumento de los precios, particularmente el petróleo en el caso de la mayoría de los países productores no fue suficiente para equilibrar los términos del inter-

cambio. Las tasas de interés se incrementaron considerablemente con el consecuente crecimiento del pago de los servicios de la deuda y el financiamiento externo se redujo abruptamente en la medida en que el capital externo se movilizó hacia espacios financieros que garantizaran las mayores tasas de ganancia (en gran medida a través de la especulación).

Todo esto hizo que los países que enfrentaron una situación identificada en su orígenes como de "crisis económica" y aparentemente coyuntural, buscaran asistencia en los organismos internacionales de apoyo financiero como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Este último inició alrededor de 1980 la era de los "préstamos de ajuste estructural" (*structural adjustments loans* o SALS) con los que se canalizan fondos a los países que se comprometían a ejecutar políticas de ajuste en sus economías.

El término "ajuste", cuando se refiere a las acciones para reestablecer el equilibrio en la balanza de pagos de una nación, en realidad debe considerarse como un conjunto de medidas de estabilización con efectos en el corto plazo. Sin embargo, ante lo limitado de sus resultados, el ajuste no se ha restringido al sector externo de la economía sino pretende también reducir el déficit interno del sector público y, por lo tanto, ha hecho necesario tomar una serie de medidas de política económica que incluyen devaluación de la moneda, austeridad fiscal con disminución del gasto público e incrementos tanto de la carga fiscal como de los precios de los bienes y servicios que ofrece el gobierno, además de restricciones salariales. Estas acciones producen resultados en el corto y largo plazos relativamente fáciles de cuantificar.

Como se puede suponer, esta serie de medidas tiene importantes efectos depresores sobre las condiciones de vida de la población, especialmente la que depende de un salario y la que es desplazada de la actividad productiva. Precisamente la crítica cada vez más generalizada a los resultados de los programas de ajuste es que, cuando menos en el corto plazo, afectan a la baja el nivel de vida de la población.

En un estudio encargado por la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID), Berg *et al.* analizan, las tendencias en los niveles de bienestar en América Latina y África para estimar los efectos que sobre la pobreza han tenido las políticas de ajuste en los años ochenta. Los autores hacen una comparación entre los países que adoptaron programas de ajuste y los que no lo hicieron. Su conclusión es que "los números no apoyan el argumento de que el ajuste es responsable de reducir la calidad de vida en los países en ajuste en América Latina" y agregan que "los datos no muestran una evidencia sistemática de un desempeño social superior en los países no sometidos al ajuste".

En realidad la información no parece mostrar diferencias significativas entre uno y otro grupo de países e incluso, el análisis de la evolución de cada uno de

los indicadores usados para medir los efectos del ajuste los lleva a afirmar que en los países que siguieron esas políticas, la situación empeoró en renglones como el consumo *per cápita*, los salarios mínimos, el nivel de desempleo y la matrícula en escuelas primarias.

Kakwani (1995) en uno de los más recientes y completos estudios realizados para evaluar los resultados de los programas de ajuste, intenta probar si los países que se sometieron a programas intensos de ajuste tuvieron un mejor desempeño económico medido con un índice agregado de ingreso *per cápita*. El autor utiliza indicadores como la esperanza de vida al nacimiento, la tasa de mortalidad infantil, la tasa de alfabetismo y el consumo calórico *per cápita* para estimar los logros y mejoras en el estándar de vida en los países que se sometieron al ajuste a través de una muestra de 77 casos. Sus resultados muestran en el caso del producto *per cápita*, que los países sometidos al ajuste tienen un mayor crecimiento que los países que no implementaron programas de ajuste, pero por lo que hace al estándar de vida los países con ajuste en su economía han tenido un progreso menor que aquellos que no introdujeron estos programas. Incluso, introduciendo diversos controles —entre los que destacan el crecimiento de la población y el nivel de bienestar— al inicio del programa de ajuste, estos países hicieron menores progresos en un indicador que refleja claramente las condiciones de vida, el cual es la esperanza de vida al nacimiento.

La evidencia permite suponer que aunque el ajuste económico puede tener un éxito relativo sobre el crecimiento (situación inclusive dudosa a partir de las experiencias latinoamericanas más recientes) no se puede hablar de mejoras en las condiciones de vida, lo que sin duda tiene su origen en la inequitativa distribución del ingreso en nuestros países.

Es importante hacer notar que los análisis de los resultados de los programas de ajuste sobre las condiciones de vida de la población utilizan como parámetros fundamentales medidas demográficas como la tasa de mortalidad infantil o la esperanza de vida, especialmente porque el hecho de que no estén afectadas por la estructura por edad de la población permite hacer comparaciones válidas entre países que tienen condiciones demográficas diferenciales.²

² Una serie de indicadores demográficos muy utilizados como la tasa bruta de mortalidad o la tasa bruta de natalidad están afectados por la estructura por edad de la población. Esto es así porque son el resultado de un promedio ponderado de tasas específicas por edad. Así por ejemplo, el nivel de la mortalidad de México medido a través de este indicador es menor que el de Estados Unidos simplemente porque la población norteamericana es más vieja y es obvio que los riesgos de morir se incrementan con la edad.

Ajuste, estrategias de sobrevivencia y dinámica demográfica

Uno de los temas que mayor interés ha despertado para los científicos sociales que analizan los efectos de los programas de ajuste sobre la población, es el estudio de la manera en que las unidades familiares se organizan para enfrentar los problemas de la existencia cotidiana ante la cada vez mayor evidencia de deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Comia (1987) clasificó el conjunto de acciones de lo que considera las estrategias de supervivencia a nivel familiar en tres grupos: a) estrategias destinadas a la generación de recursos, b) estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes y, c) estrategias de extensión familiar y migración.

En el primer grupo de acciones encontramos aquellas que incrementan la oferta de fuerza de trabajo que se origina en una participación creciente de las mujeres y otros miembros de la familia en actividades que generen ingresos, sobre todo en el llamado sector informal de la economía.

El incremento de la producción propia, el endeudamiento progresivo, la venta de activos o las transferencias tanto públicas a través de subsidios, como familiares a través de las redes de apoyo completan este grupo de acciones. En cuanto al uso eficaz de los recursos existentes la población desarrolla cambios en los hábitos de compra, las pautas de consumo e incluso las pautas dietéticas, lo que en la realidad significa una reducción en la ya de por sí limitada ingestión de proteínas hasta llegar a una reducción absoluta en el consumo de alimentos con efectos adversos sobre el desarrollo infantil.

No cabe duda que la situación económica en nuestros países le da sentido al comportamiento de los individuos hasta integrar en su conjunto verdaderas estrategias de sobrevivencia, concepto que la sociodemografía latinoamericana puso a circular hace ya varias décadas para explicar el comportamiento demográfico más allá de situaciones coyunturales a partir de la reproducción social de la población ligada a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Aunque la denominación de estrategias de sobrevivencia se ha utilizado recientemente para explicar los arreglos coyunturales que hacen las familias para enfrentar situaciones de crisis, el carácter estructural de la situación de las economías en desarrollo da sentido a un concepto que relaciona los comportamientos individuales o familiares con el estilo de desarrollo de una sociedad y permite incorporar en el análisis las dimensiones más relevantes entre las que sobresalen el mercado de trabajo, el acceso al consumo, la acción del Estado y las condiciones de vida de cada grupo o clase social.

Es a través del análisis de estas dimensiones que se puede entender la evolución de determinados regímenes demográficos en los países en desarrollo

caracterizados hasta muy recientemente por elevadas tasas de crecimiento natural producto de una elevada fecundidad.

En el actual escenario demográfico –en el que el crecimiento de la población ha descendido considerablemente debido a una caída drástica de la fecundidad–, la población es fundamentalmente urbana y se producen grandes flujos migratorios hacia unas cuantas áreas metropolitanas. Asimismo, la evolución de la fecundidad y la mortalidad se encuentra íntimamente ligada a procesos sociales más amplios y ejemplifica de manera clara la relación entre lo demográfico y el cambio social, por lo que para definir posibles escenarios futuros es necesario hacer referencia a situaciones específicas.

Mortalidad y morbilidad

Por el lado de la mortalidad general, los cambios que se producen y que incrementan la esperanza de vida de los habitantes de la región, se originan en las transformaciones sociales y condiciones socioeconómicas diferenciales de los grupos de población. La modificación de los patrones de crecimiento poblacional –que se origina en una primera etapa por la caída de la mortalidad–, coincide con un periodo en que se generaliza la aplicación de medidas de salud que alcanzan a porciones importantes de la población y a la existencia de un sistema de seguridad social excepcional, que cubre a los trabajadores asalariados y sus familias y permite tener acceso a la medicina preventiva y curativa.

Debido a sus orígenes, este proceso de descenso en las tasas de mortalidad se inicia en las áreas urbanas más importantes de cada país; sin embargo, conforme la sociedad se desarrolla se pueden observar reducciones de la mortalidad general y la mortalidad infantil en localidades cada vez de menor tamaño.

La creación de una infraestructura sanitaria o instituciones de seguridad social con amplia cobertura, han jugado un papel fundamental en la mejora de las condiciones de salud de porciones importantes de la población y junto con la aplicación de los antibióticos, los insecticidas y las medidas de saneamiento público, provocaron una baja en las tasas de mortalidad de la región a partir de los años cuarenta.

Mientras la mortalidad descendía, la fecundidad se mantuvo a niveles elevados y estables hasta finales de la década de los años sesenta, lo que generó en algunos países las tasas de crecimiento más elevadas de la historia moderna de América Latina y una distribución por edades con predominio de la población joven, que en forma creciente demandaba servicios educativos y empleo.

Hace cincuenta años se pasó de una estructura de la mortalidad cuyas causas en casi la mitad de las muertes estaban originadas en enfermedades infecciosas

y parasitarias (es decir, enfermedades de la pobreza) y en la que las muertes asociadas a enfermedades crónico-degenerativas representaban un porcentaje mínimo, a un perfil de mortalidad que aunque conserva un componente originado en las enfermedades infecciosas, muestra la importancia creciente de las muertes por cáncer y enfermedades cardiovasculares y especialmente de las muertes por causas violentas (Camposortega, 1992).

Cuando se analiza la mortalidad de la población según características socioeconómicas, lugar de residencia y grupo social, se hace evidente la existencia de lo que puede denominarse sobremortalidad entre los grupos ubicados en los estratos económicos más bajos, habitantes de las áreas rurales y de las áreas geográficas con los mayores índices de marginación social. En ese sentido, existe una clara mortalidad diferencial al interior de la estructura social latinoamericana.

Este proceso diferencial lo es aún más en el caso de la mortalidad infantil ya que si bien en los años recientes se ha producido una importante reducción en sus niveles, los especialistas señalan que "la desigualdad en las posibilidades de sobrevivir durante la infancia, lejos de desaparecer se agudiza cada vez más hasta alcanzar en la actualidad una polarización epidemiológica" (Bobadilla y Langer, 1990).

La determinación del papel de las instituciones sociales en la disminución de la mortalidad infantil es el objetivo de autores como Hernández y Jiménez (1995), quienes consideran que un enfoque sistemático que permita establecer la relación entre instituciones y comportamiento demográfico serviría para identificar, como en el caso de la fecundidad, los "determinantes próximos", a través de los cuales, y sólo a través de los cuales, la estructura social influye sobre la mortalidad infantil.

Puede aceptarse que un enfoque de esta naturaleza haría posible definir políticas públicas que tuvieran impacto sobre la mortalidad de los menores de un año y al mismo tiempo, se identificarían sus límites.

Para el caso de Brasil, García de Pinto da Cunha (1995) muestra las diferencias en la mortalidad entre grupos sociales según características raciales —en este caso, el color de la piel— que la llevan a concluir que la sobremortalidad de las mujeres negras tiene su origen en las desiguales condiciones de vida, lo que se acentúa más en el caso de la mortalidad infantil y en donde es posible suponer que "la desigual... incorporación al sistema educativo formal de las mujeres negras en relación a las blancas... se refleja en los niveles de mortalidad de sus hijos".

Envejecimiento

Como consecuencia del incremento de la esperanza de vida y el descenso de la fecundidad, los ancianos representan una proporción cada vez mayor del total

de la población. En otras palabras, al observar la evolución de la estructura por edad de la población a través de la denominada pirámide de edades, que constituye su representación gráfica, es posible constatar que la población envejece cuando se reduce proporcionalmente la base de la pirámide o cuando se incrementa su vértice. El primer caso, es el resultado de una disminución en la proporción de personas jóvenes debido a la caída de la fecundidad mientras que en el segundo caso, el incremento en el vértice es una manifestación de los cambios en la sobrevivencia de la población que se traducen en incrementos de la esperanza de vida.

En resumen, en el proceso de la transición demográfica el envejecimiento de la población es una situación inevitable que resulta de la baja en la fecundidad y la mortalidad.³

A principios de este siglo la esperanza de vida apenas superaba los 40 años mientras que en la actualidad es posible encontrar países en los que la esperanza de vida está por encima de los 80 años. En América Latina a principios de los años noventa, el promedio de la esperanza de vida era de alrededor de 66 años y las personas mayores de 60 años representaban el 10 por ciento del total de la población de la región. A partir de estos indicadores es posible definir un escenario demográfico en constante envejecimiento. Este proceso tiene consecuencias importantes en diversos niveles de la vida social relacionados con las demandas de servicios de salud, vivienda y empleo, con características diferenciales en relación con otros grupos de la población, en especial por los requerimientos de atención a los ancianos a nivel de las unidades familiares.

El envejecimiento en América Latina —junto con el cambio en el perfil epidemiológico que pasa de una preeminencia de las enfermedades infecciosas a las enfermedades crónicas—, hace necesario poner atención a situaciones no visualizadas anteriormente, en especial la ampliación de la sobrevivencia en un estado de salud deteriorado.

La prolongación de la vida humana después de cierta edad es la prolongación de una vida con incapacidades en la que diversas esferas de la vida cotidiana se ven involucradas: el trabajo, el uso del tiempo libre, las relaciones interpersonales en la familia y fuera de la familia, entre otras. Cuando estas incapacidades se

³ Se denomina transición demográfica a un proceso evolutivo a través del cual transitan las sociedades para pasar de una situación en la que se combinan elevadas tasas de natalidad y mortalidad a otra de baja natalidad y mortalidad que dan como resultado en ambos casos bajas tasas de crecimiento natural de la población. La etapa intermedia es una en la cual el descenso acelerado de la mortalidad y una situación de estabilidad en la tasa de natalidad produce una elevada tasa de crecimiento natural de la población. Un proceso de esta naturaleza supone un cambio lineal en el cual cada una de las etapas debe cumplirse. Mientras en los países desarrollados se llegó a la tercera etapa de la transición demográfica hace ya varias décadas, en la mayor parte de los países de América Latina esta es una situación relativamente reciente y que se produce a partir de la caída acelerada de la fecundidad.

originan en una enfermedad, la familia es el espacio de atención y cuidado de los ancianos, especialmente cuando las políticas sociales transfieren lo que antes era una responsabilidad de las instituciones a las familias.

El apoyo que los miembros de la familia otorgan al anciano constituye parte de un intercambio generacional entre padres e hijos cuando estos existen o están disponibles, o del cónyuge en caso de tenerlo, sin embargo, la disponibilidad o la ausencia de unos u otro da lugar a una serie de arreglos en los que las redes sociales cumplen un papel fundamental.

En un periodo en el que el número de hijos por pareja conyugal disminuye aceleradamente, la posibilidad de que los ancianos cuenten con los hijos durante su vejez también se reduce, mientras que la sobrevivencia de los cónyuges hace que éstos tengan que enfrentar solos su vejez, con la situación particular de que la mayor esperanza de vida de la mujer se perciba en una creciente proporción de mujeres ancianas viviendo solas sin apoyos familiares o institucionales.

Según Robles (1995) para América Latina poco se sabe sobre las condiciones de sobrevivencia de los ancianos y sus familias, las experiencias de la población mayor de 60 años provienen de los países desarrollados en los que el cuidado de los ancianos es una práctica institucionalizada.

Los análisis concretos de la población envejecida en los países de América Latina y el Caribe son ilustrativos de las situaciones particulares que se viven en la región. En Puerto Rico, a pesar de los cambios sociales que han afectado los patrones de formación de la familia, ésta continúa siendo la principal proveedora de apoyo para los ancianos, quienes dependen más del sostén de su familia y de un sistema informal constituido principalmente por vecinos y amigos que de los servicios que ofrecen las diversas agencias sociales y de salud (Dávila y Sánchez-Ayéndez, 1995). Para estas autoras, el papel de la familia como sistema de soporte se hace evidente en la mayor parte de las investigaciones sobre el tema.

El análisis de situaciones nacionales permite identificar problemáticas comunes especialmente en relación con el papel y las condiciones de vida de la población femenina. El proceso de envejecimiento de la población originado en la baja en la fecundidad y el incremento en la esperanza de vida tiene especial significado para las mujeres tanto porque sobre ellas recae el cuidado de los ancianos en su papel de esposa o hija, como por el hecho de que la mayor sobrevivencia femenina y la reducción en el número de hijos lleva a una proporción cada vez más importante de mujeres a vivir en soledad y con limitaciones económicas ante la carencia de sistemas de seguridad que respondan a las demandas de la población envejecida.

Además, el papel de proveedor y responsable principal del cuidado de los viejos es en general asumido por la mujer cuando los padres están incapacitados

o enfermos (Dávila y Sánchez-Ayendez, 1995; Robles, 1995). Incluso el cuidado es asumido por la nuera cuando los ancianos no son los padres.

Por tanto es cada vez más evidente que los efectos diferenciales del envejecimiento sobre hombres y mujeres son el reflejo también de situaciones de género y como tales deben ser analizados.

Fecundidad, salud reproductiva y pobreza en América Latina

Al tratar de explicar la persistencia de elevados niveles de fecundidad entre la población de la mayor parte de los países de América Latina, es necesario hacer referencia a una serie de esquemas de interpretación para los cuales el elevado número de hijos como estrategia de sobrevivencia cumple una función para la familia y la sociedad.

En una etapa en la que predominaban elevados niveles de mortalidad, tener muchos hijos fue la única forma de garantizar la sobrevivencia de la familia, lo que justificaba una fecundidad alta producto de un comportamiento que, visto de esta manera, puede ser considerado completamente racional y que por estar generado por condiciones estructurales y superestructurales, que poco varían con el tiempo, resultan difícil de cambiar hasta años recientes.

Además de esta situación elemental que representa una respuesta a situaciones que las familias viven en el presente, el nivel de fecundidad parece responder a lo que teóricamente se denomina la dirección del flujo de riqueza entre las generaciones (Caldwell, 1980). Esto significa que en los países en desarrollo, el flujo de riqueza se produce de la generación de los hijos hacia los padres lo que significa en la práctica que la elevada fecundidad es económicamente racional y sólo cuando la dirección de este flujo cambia se produce una baja en la fecundidad. En términos más sencillos, se puede decir que en sociedades agrarias, o en etapas iniciales de industrialización, los padres tienen muchos hijos porque éstos representan un insumo fundamental para la producción tanto presente como futura e, incluso, constituyen un seguro para la vejez en ausencia de sistemas de seguridad social que garanticen apoyo a los viejos.

En esta situación los hijos tienen un valor para los padres en términos afectivos y económicos; realizan trabajos desde pequeños y en la edad adulta asumen responsabilidades para con sus padres que se prolongan hasta la vejez. Cuando las condiciones cambian como resultado de modificaciones en la estructura económica de la sociedad, el trabajo infantil tiende a desaparecer y los niños deben ser enviados a la escuela. Los padres se constituyen entonces en los productores de insumos para las nuevas generaciones y, por tanto, tener hijos representa un costo cada vez mayor que, dada la situación económica familiar,

o no puede ser absorbido por los padres, o éstos prefieren dedicar los ingresos al consumo de bienes materiales que generan otro tipo de satisfacciones o, en un menor número de familias, dedicarlo a la inversión. En estas condiciones las grandes familias no se justifican para proporciones crecientes de la población.

En los años recientes, se produce una transformación importante del comportamiento reproductivo con la introducción de los anticonceptivos modernos que, a pocos años de su aparición, son sujetos de una demanda creciente por parte de la población femenina.

El descenso en los niveles de fecundidad a través de la anticoncepción se explica en términos sociales por la existencia de condiciones que llevan a que entre grandes sectores de la sociedad las parejas conyugales perciban que es ventajoso tener un número reducido de hijos, ya sea para poder darles mejor educación y atención, o por el deseo de las mujeres de ocuparse en otras actividades más allá de las tareas del hogar que permitan su realización como individuos sin restringirse a la maternidad. Si a esto se agrega que se cuenta con los medios eficaces para limitar la fecundidad y se empieza a generar un ambiente social favorable a la planificación familiar, las condiciones estructurales para iniciar el descenso de la fecundidad están dadas.

Ahora bien, aunque la anticoncepción ha sido el elemento más importante para explicar la baja de la fecundidad, existen otros factores que, como parte del desarrollo global de la sociedad tienen cada vez mayor importancia en este proceso. La influencia que ejerce la estructura social sobre la fecundidad puede ser explicada a través de un esquema analítico en el que se distinguen las diferentes etapas del comportamiento del individuo que llevan a producir el nacimiento de un nuevo ser (Davis y Blake, 1968). Un esquema de esta naturaleza hace evidente la relación entre lo estrictamente demográfico y el desarrollo social, ya que es posible identificar las influencias directas de la sociedad sobre la fecundidad.

La incorporación de la población a mayores niveles de escolaridad y específicamente de la población femenina a la actividad económica, ha producido un incremento en la edad al matrimonio, que aunque es apenas perceptible puede ser el inicio de una tendencia sostenida en este sentido.

Se puede decir que la práctica generalizada de limitación de los nacimientos se produce prácticamente en las dos décadas más recientes asociada a transformaciones sociales en las que sobresalen la modificación de la condición social de la mujer a través de la educación y la participación en la actividad económica, mientras que por otro lado asumen un papel activo en la promoción del uso de anticonceptivos las instituciones privadas (más tarde denominadas Organizaciones no Gubernamentales) y las instituciones del sector salud en la promoción del uso de anticonceptivos.

En relación con los factores que afectan la gestación, estos han impactado en forma positiva a la fecundidad, ya que la mejoría observada en las condiciones de salud de las mujeres reduce considerablemente la mortalidad intrauterina.

Los cambios en el nivel de fecundidad de la población de la región están suficientemente documentados de tal manera que es posible describir con gran detalle el descenso en el número total de hijos e identificar los factores que lo originaron. Así, es posible afirmar, por una parte, que el descenso en la fecundidad marital producto de la limitación de los nacimientos a través de los anticonceptivos explica el cambio en la fecundidad y, por otra, que el rol desempeñado por la mujer ha sido fundamental en la transformación de los patrones reproductivos. Sin embargo, está claro también que la responsabilidad del control de la fecundidad se ha hecho recaer sobre la mujer con una participación marginal del hombre.

Aunque la incorporación a la práctica anticonceptiva ha ampliado la autonomía femenina, esto no se traduce necesariamente en una mejora en sus condiciones de vida dadas las repercusiones que tienen los procesos de ajuste económico latinoamericanos, en la distribución del ingreso, el empleo y el acceso a los servicios de salud.

Un grupo de especialistas (Berquó, Bianco, De Barbieri, Jiménez, Sorrentino y Parras, 1995), a partir de los resultados de la investigación comparativa multinacional "Fecundidad, salud reproductiva y pobreza", muestran los cambios en la situación de la mujer en relación con su fecundidad y su salud a partir de los cambios económicos que se han producido en cinco países de la región: Argentina, Bolivia, Brasil, México y Perú.

Esta investigación hace evidente que la denominada "década perdida" lo es especialmente para la población femenina para la cual es posible afirmar que, independientemente de avances logrados en la disminución de la incidencia de ciertas enfermedades, las condiciones de salud de la mujer se han deteriorado y esto se encuentra ligado a estados de desnutrición, particularmente críticos en algunos grupos sociales.

El impacto que ha tenido el aborto en la limitación de la fecundidad, aunque es difícil de estimar directamente y se hace necesario utilizar modelos demográficos para conocer sus dimensiones, no parece ser importante en la mayor parte de América Latina cuando menos sobre las medidas transversales de la fecundidad, pero sí incide sobre la salud de las mujeres. Su posible despenalización no provocará que tal incidencia aumente, por lo que no debe sobreestimarse su posible efecto sobre el crecimiento demográfico.

El descenso de la fecundidad no puede darse sin transformaciones socioeconómicas y/o socioculturales que incluyan el deseo individual por modificar la conducta reproductiva como condición para lograr un mayor nivel de bienestar.

Las condiciones que teóricamente son necesarias para que se produzca un descenso de la fecundidad, a saber, que sea ventajoso tener menos hijos, que sea factible contar con los elementos para controlar la fecundidad, es decir, que éstos estén disponibles y que el costo social pueda ser absorbido por la población, en el momento actual deben ser revisadas.

Políticas de población y políticas de ajuste

En la actual coyuntura es imprescindible estimar qué transformaciones en los escenarios nacionales es posible esperar a partir de la aplicación de las medidas de ajuste estructural en donde la reducción de la acción del Estado aparece como una de las más importantes en relación con la dinámica de la población. El tamaño promedio de la familia se ha reducido, pero la distribución de la riqueza es cada vez más inequitativa y las expectativas de mejorar las condiciones de vida se reducen para la gran mayoría de la población.

Por lo pronto, el crecimiento en el uso de anticonceptivos prácticamente se ha detenido, lo que muy probablemente esté relacionado con la disminución de los programas públicos en esta materia, pero también con la transformación de las expectativas de la población.

La pregunta fundamental es si en un modelo en el cual se reduce la acción del Estado es posible pensar en el establecimiento de políticas explícitas de población.

Ante la disminución de las esferas de influencia del Estado, es necesario definir a quién corresponde el papel de organismo promotor de las políticas de población en nuestros países. La necesidad de que las mujeres participen en actividades que generen ingresos, significa una mayor dedicación a tareas fuera del hogar que pueden tener un impacto adverso sobre las condiciones de nutrición y salud de los infantes en el hogar, en la medida en que no existen servicios de atención infantil para las madres trabajadoras. Esta es sólo una de las diversas problemáticas que tendrían que ser enfrentadas a través de políticas generales, lo que se ve cada vez más lejano ante el crecimiento del denominado sector informal de la economía en el que cada vez en mayor medida las mujeres participan, sin que cuenten con un sistema mínimo de seguridad social.

Bibliografía

- Berg, E., Graeme, H. et al., *Poverty and Structural Adjustment in the 1980s: Trends and Welfare Indicators in Latin America and Africa*, Bethesda, Maryland, Development Alternatives, Inc., 1994.
- Bobadilla, José Luis y Langer, Ana, "La mortalidad infantil en México: un

- fenómeno en transición", *Revista Mexicana de Sociología*, México, año LII, núm. 1, 1990, pp. 111-131.
- Caldwell, J.C., "The Mechanisms of Demographic Change in Historical Perspective", *Population Studies*, 35 (1), 1981, pp. 5-27.
- Cambria, Celeste y Davies, Grelia, *Fecundidad, salud reproductiva y pobreza en América Latina*, ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Cd. de México, 2-6 octubre 1995.
- Camposortega, Sergio, *Análisis demográfico de la mortalidad en México*, México, El Colegio de México, 1992.
- Coale, Ansley y Hoover, Edgar M., *Crecimiento de población y desarrollo económico*, México, Ed. Limusa-Willey, 1965.
- Conway, Patrick, "An Atheoretical Evaluation of Success in Structural Adjustment", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 42, núm. 2, enero 1994, pp. 267-292.
- Comia, G. A., Jolly, R. y Stewart, F., *Ajuste con rostro humano*, vol. 1, España, Siglo XXI, 1987.
- Dávila Ana L. y Sánchez-Ayendez, Melba, *El envejecimiento de la población en Puerto Rico: sus repercusiones en los sistemas de apoyo informal*, ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Cd. de México 2-6 octubre 1995.
- Davis, Kingsley y Blake, Judith, "La estructura social y la fecundidad, en *Factores sociológicos de la fecundidad*, México, Centro Latinoamericano de Demografía y El Colegio de México, 1967.
- García de Pinto da Cunha, Estela, *Mortalidad y raza: la desigualdad revelada*, ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Cd. de México 2-6 octubre 1995.
- Hernández Bringas, H. y Jiménez Ornelas, R., *Propuesta conceptual sobre la relación de instituciones sociales-sobrevivencia*, ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Cd. de México 2-6 octubre 1995.
- Kelly Allen, C. y Schmidt, Robert M., *Population and Income Change: Recent Evidence*, Washington, D.C., The World Bank, World Bank Discussion Papers, núm. 249, 1994.
- Kakwani, N., "Structural Adjustment and Performance in Living Standards in Developing Countries", en *Development and Change*, vol. 26, núm. 3, July 1995, pp. 469-502.
- Killick, Tony, "Structural Adjustment and Poverty Alleviation: an Interpretative Survey", en *Development and Change*, vol. 26, núm. 2, April 1995, pp. 305-332.
- Naciones Unidas, *El cambio social y la política de desarrollo social en*

- América Latina*, Nueva York, Comisión Económica para América Latina, 1969.
- Robles, Silvia, *El anciano, la enfermedad crónica y su familia*, ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Cd. de México, 2-6 octubre 1995.
- Shumaker, Linda D. y Clark, Robert L., "Population Dependency Rates and Savings Rates", en *Economic Development and Cultural Change*, vol. 40, núm. 2, January 1992, pp. 319-332.